Condecoración de la Sra. Gabriela Cuevas en la Orden de la Legión de Honor

Discurso de la Sra. Gabriela Cuevas

7 de noviembre de 2017

Excelentísima Embajadora Anne Grillo;

Estimados amigos de Francia en México;

Señoras y señores,

Agradezco profundamente y recibo con humildad este símbolo de la profunda afinidad histórica y presente entre nuestros pueblos.

Je vous remercie, je suis très heureuse et très fière.

Me emociona hacerlo, desde luego, por los múltiples significados de Francia en mi vida privada y pública. Como politóloga, Alexis de Tocqueville, Jean Blondel y Maurice Duverger han sido una referencia constante y una fuente sistemática para pensar la representación política, el papel de los partidos y la sociedad civil en la consolidación democrática. Como lectora interesada en las formas de combatir los totalitarismos y expandir los senderos de la tolerancia y la cooperación internacional, Emmanuel Levinas y Raymond Aron han sido indispensables. Como legisladora interesada en temas de género Simone de Beauvoir es imprescindible, como amante de la poesía Charles Baudelaire me acompaña con frecuencia, lo mismo que Berlioz, Bizet, Debussy o Ravel como melómana y amante de la ópera. Y es que Francia, como decía el gran Jaime Torres Bodet, director general de la UNESCO

en su sede actual en París a finales de la década de los cuarenta y principios de los cincuenta del siglo pasado: “Hay en la historia, poderosas naciones que se distinguen por su tesón en el tiempo de la cosecha. Otras, en cambio, suelen poner lo más puro de su entusiasmo en la dádiva de la siembra”. Francia, es, por tanto, “la sembradora de ideas y de doctrinas, de instituciones y de esperanzas”.

Más aún, por razones profesionales y políticas, de carácter oficial y especialmente en el ámbito parlamentario, aunque también alguna vez como una entre millones de turistas que año tras año acuden atraídos por sus innumerables maravillas arquitectónicas, artísticas y gastronómicas, he tenido la oportunidad de visitar el país en distintas ocasiones y experimentar en carne propia lo que Octavio Paz describió como ese cosmopolitismo de dos patrias sin pasaporte, es decir, encontrarnos, los mexicanos y los franceses, ya sea en París los unos o los otros en la Ciudad de México, “perteneciendo a un mismo mundo sin tener la misma nacionalidad”.

Es el mismo mundo, el que admira igualmente a Diego y Frida, el que busca modelos de inclusión social más profundos como herencia de sendos movimientos revolucionarios, el que conecta emocionalmente los Campos Elíseos con Paseo de la Reforma y el Ángel de la Independencia con la Columna de Julio en la Plaza de la Bastilla, el de los encuentros culinarios del chocolate mexicano con la alta repostería francesa, el de la amistad entre Alfonso Reyes y Paul Valéry, el del barrio de Saint-Víctor en donde se instaló Carlos Fuentes por largos

periodos y el de Michoacán, la segunda patria de Jean-Marie Gustave Le Clézio.

Pero para mí, este galardón es mucho más que una condecoración.

De la impresionante lista de portadores, se desprende no sólo un prestigio excepcional por los méritos de cada uno de ellos sino la noción de que todos los distinguidos con esta insignia se convierten en Embajadores del acercamiento entre los ideales y valores que distinguen a la sociedad francesa con aquellos de sus países de origen.

Ciertamente he tenido el honor de colaborar en iniciativas fundamentales para dar un nuevo impulso a las relaciones diplomáticas entre México y Francia de cara a lo que en menos de una década serán 200 años de su establecimiento formal. Participar del Consejo Estratégico Franco – Mexicano no sólo ha sido uno de las más altas responsabilidades en mi vida pública sino una fuente inagotable de satisfacción dado que es posible identificar un antes y un después de su puesta en marcha en julio de 2013 en prácticamente cada rubro de la cooperación bilateral desde el cuidado de la salud, la aeronáutica, los intercambios en materia de desarrollo sostenible o la cooperación cultural, educativa y turística.

Sin duda, esta iniciativa y, en términos generales, las acciones tendientes a fortalecer una Alianza Estratégica entre los dos países corona y articula viejos y nuevos esfuerzos que nos recuerdan a todos las profundas coincidencias en nuestros respectivos posicionamientos internacionales sobre múltiples aspectos del devenir global. Recuérdese,

por ejemplo, la Declaración Franco- Mexicana sobre el Salvador que en mucho contribuyó a encontrar soluciones de paz para una parte del conflicto centroamericano de los años ochenta, o bien la Declaración conjunta franco – mexicana sobre el clima de julio de 2015 o bien la propuesta franco – mexicana, emitida ese mismo año, para restringir el uso del derecho de veto en el Consejo de Seguridad de la ONU.

En todo caso, amigas y amigos, recibir este reconocimiento supone también un compromiso con seguir trabajando incansablemente a favor de las causas que históricamente la República Francesa ha defendido.

Me refiero, por un lado, a los ideales de la ilustración y específicamente al desarrollo del conocimiento, la razón y la ciencia como elementos indisociables de la acción social y política. Por el otro, evoco los ideales revolucionarios de libertad, igualdad y fraternidad como principios básicos para la organización de una República, el establecimiento de sus instituciones, la conformación de su Constitución y los primeros fundamentos de un patrimonio nacional intangible asociado a una idiosincrasia y a una manera específica de ver el mundo y los retos que enfrenta actualmente.

Desde mi perspectiva, este ideario tiene una pertinencia tan grande en el momento actual que exige acciones decididas para darle una nueva vigencia. En el actual contexto internacional, la cooperación internacional entre Francia y México, bajo la premisa de un multilateralismo incluyente es fundamental.

Algunas voces poderosas en el planeta, conviene recordarlo, han declarado inaugurada la época de la posverdad, donde el pensamiento racional y el conocimiento empírico sobre la realidad es sustituido por creencias personales y llamados a las emociones más básicas, han planteado agendas aislacionistas, autárquicas, proteccionistas y xenófobas, han preconizado un regreso a las fronteras, los muros y las divisiones entre naciones hermanas, y han centrado su estrategia política no sólo en el estímulo a la polarización doméstica sino también en el rechazo a fenómenos transnacionales como la migración, el comercio o la cooperación internacional para proteger el medio ambiente, el desarrollo o los derechos humanos precisamente en un contexto plagado de retos mayúsculos para la comunidad internacional como la crisis actual en materia de refugiados, el aumento preocupante de ciertas tendencias de desigualdad económica y social o bien el regreso de la amenaza nuclear a nuestra realidad.

Esta agenda compartida, entre Francia y México, es también la que ha guiado esfuerzos legislativos en los que he participado y la que llevaré al seno de la organización internacional de diplomacia parlamentaria *par excellence*. Me refiero a la Unión Interparlamentaria, una organización fundada en gran medida por los esfuerzos de un grupo de parlamentarios franceses encabezados por el Premio Nobel de la Paz Frédéric Passy a finales del siglo XIX y de la que funjo como Presidenta desde su pasada 137º Asamblea. En efecto, mi propuesta para la Unión Interparlamentaria, es convertirla en un actor de primer orden en la agenda global, en

permanente comunicación con las agencias internacionales más relevantes para efectuar la apremiante defensa del multilateralismo, poner a la UIP al servicio de la institucionalización de los parlamentos del mundo y afianzar una diplomacia parlamentaria plural, incluyente y efectiva que empodere la voz de los representantes democráticos e implemente una estrategia con particular énfasis en la consecución de la agenda 2030 para el desarrollo sostenible, el avance de la democracia y el parlamentarismo, el respeto a los derechos humanos y la expansión del derecho internacional humanitario.

Señoras y señores, al colocar la primera piedra de la Maison du Mexique en París el 17 de julio de 1951, don Antonio Castro Leal, entonces rector de la UNAM, señaló que “la vida de los pueblos hispanoamericanos está profundamente ligada al pensamiento francés. En los comienzos de la historia de nuestros países, encontramos siempre una figura nacional, en quien el deseo de independencia, justicia y libertad nació o creció al contacto de un libro francés del siglo XVII”. Espero que los contactos entre México y Francia no sólo se multipliquen sino que hagan posible que cada vez más, la vida cotidiana del pueblo francés esté ligada al pensamiento mexicano y que armados con el contacto de nuestros libros, nuestra cultura, valores e ideales compartidos le regalemos al mundo nuevos y conspicuos frutos de una amistad sincera y una colaboración estrecha.

Muchas gracias,